



ROMANCE DE TIERRAS ALTAS, por *Carlos Préndez Saldías*.—  
Editorial Nascimento.

Cuando todos decimos en la primera página de un libro «es propiedad del autor», el poeta de esta obra se elimina de su pertenencia legal y manifiesta «es propiedad de la mujer amada». Ya es decir algo y expresarlo todo. Los romances de este libro de Préndez Saldías son rasgos de reciedumbre. Retratos hondos, bocetos definidos, aguasfuertes que dan contornos sobrios y raciales de los personajes sin tiesura académica y con todos los pliegues de sus funciones rurales.

En versos sin chatura hace esguinces de hurtadillas para dar relieve de un rostro de vulpeja o un atisbo de lince. El perfil de Emilio Cortés lo da en trazos breves. Hasta le vemos caminar por Río Blanco, airoso y conquistador, dejando tras su paso victorioso su nombre enredado a una descendencia anodina.

«Perfil de águila en acecho.  
Hombre que vale por tres,  
hasta tres hembras tenía  
su aparejo montañés.  
Hay por todo Río Blanco  
hijos de Emilio Cortés».

Estos romances, cuasi de estructura castellana, y, sin cuasi, los firmaría el mismo Arcipreste de Hita o los sellaría algún linajudo licenciado. No vemos la figura acohombrada de Emilio Cortés: tiene reciedumbre de conquistador, y los mozos le tiemblan y las hembras le presentan sus mejores atributos. En tabernas o serranías es su figura machaza la que acoquina a moce-tones sin conquista y a hombres que también caducan en lides de amor.

Otra figura cenceña de acólito es la del juez don Manuel Alvarado, diseñado con envergadura cervantina y meollo de alta prosapia de castiza estirpe. El poeta que hay en Préndez Saldías ha abrevado en fuentes de pureza prístina del idioma. Los fallos particularísimos del juez son pintorescos y aleccionadores para los habitantes de su predio montaraz. Es hombre de miras largas y hace justicia con un primitivismo socarrón.

¡Pero si estos «romances de tierras altas» están glosados con un tecnicismo que muy bien pudiera alimentar presunciones de tiosos académicos hispanos! ¡El poeta chileno, con sayal o con rodela, hase ido a tierras altas para cimbrar figuras bajo el peso de sus atavíos medievales!

Limpios versos, como flores de despeñaderos, hermosos en el decir de las palabras y en el sugerir de intencionados silencios. Hay en Préndez Saldías algo más que el poeta de oficio: se alarga su estameña de rústico tejido y le envuelve su perfil de corregidor de menudencias o cribador de virtudes cotidianas...

\* \* \*

En el romance de las «Niñas nuevas» se da el paso al poeta que ve en las tres niñas almendradas frutos naturales de la campiña:

«Las tres parecen espigas  
que a la brisa se desgranán;  
tienen castaño el cabello  
y fáciles ojos de agua.  
Los pechos bajo la blusa  
se esconden cuando los llaman,  
y, ya perdido el color,  
sombra de color la cara.  
Si no fuesen de la mano  
un viento se las llevara».

Los poetas que se torturan para rebuscar la sencilla originalidad en palabrerías ebrias de sentido, y más que poetas son «globe trotteurs» de las antologías y los bizantinismos, tienen que irse a los «Romances de tierras altas» para saborear a dos carrillos el banquete original que le sirve en clásico mesón este poeta fervoroso, cálido, sensual, travieso y hondo, que es don Carlos Préndez Saldías. Poeta sin añagazas y sin malas mañas para engarzar piedras en sus versos cristalinos.

Ni remendero, ni artificioso, hay en los romances frescura que bien pudiera remozar las fuentes del idioma del antaño brillante. Romancillos que se saborean y se paladean como si fueran rociados con mosto endiabrado en añosa cuba.

Admira su sentido original, su intención de glosador de costumbres e intenciones, su regionalismo de tierras altas, sus perfiles hechos sobre acero, sus acuarelas en donde la naturaleza es eufórica. A veces nos llama la atención con un «lied» y a ratos escuchamos cantos serranos en sus «ritornellos» costumbristas. Es el poeta que recorta figuras con tijeras de académico y que luego colorea con sus manos tostadas por el sol de la calle y la brisa cargada de minerales de patinar. Campos chilenos—tierras de prodigio de vinos de fuego y mujeres de lava volcánica—acogen sus figuras acentuadas por rasgos salientes. Figuras de conquistadores puebleros, de jueces rurales, de mozas que «esconden los pechos cuando los llaman», dan los motivos a Préndez Saldías para echar a rienda suelta su caballo que se bebe las serranías y llega a las tierras altas. Figura principal en la poesía chilena, ya la vemos embozada en capa de arcipreste para rebuscar las callejas de su pueblo y sorprender amores y darlos en romancillos de corte nítidamente hispanos. Su «humour» fluye confidencialmente y tanto lo prende en Emilio Cortés como en el «docto» juez don Manuel Alvarado o lo detiene en mozas de «fáciles ojos de agua».

Es el libro de la frescura bizarra, de la intención morigerada y

del limpio sentido de la poesía sencillamente humana....—

MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ.

Buenos Aires, 1939.



DEL LARGO CAMINO. Poemas de *Washington Espejo*.—Editorial Ercilla.

Hace algún tiempo leímos este libro, y la memoria, supremo juez de las bondades literarias, no ha dejado pasar a las tinieblas de lo inconsciente el placer de su lectura, y nos acusa de lenidad por no dar pública fe de aquel agrado. «Del arte debemos hablar siempre, porque es la única manera de que exista», ha dicho Wilde, y esta afirmación parece ser más cierta respecto de la poesía y de la música, que yacen en el limbo de la nada, en la yerta inexpresividad de caracteres muertos, mientras no venga el lector o intérprete a llenar el aire del espacio y de las almas con las finas vibraciones del ritmo poético o de la onda sonora.

La pintura, la escultura, y todas las artes que se concretan en figuras y volúmenes, parecen tener una vida propia, independiente de la contemplación, de su repercusión dentro de una sensibilidad. La pintura y la escultura no están cifradas, están vaciadas en su forma única y definitiva, y los colores y los volúmenes irradian su presencia en el espacio aunque nadie los mire ni admire. No así los versos, que necesitan que alguien los diga y los cante para ser recreados en la mente.

Espejo nos ha dejado la impresión de ser una poeta de muy delicada sensibilidad, de pura estirpe lírica, dueño de un verso flexible y armonioso que dice fielmente los estremecimientos sutiles de un alma vibrante, intensamente enamorada de lo bello. No nos sorprende por la grandeza de sus concepciones, ni por esas audacias o novedades de forma, tan en boga hoy en día, que se